

PETER TEMIN, *The Roman Market Economy*, Princeton, 2013. Edita: Princeton University Press (xii + 299 pp., 15 x 23 cm., blanco y negro).

Peter Temin es un economista estadounidense, especializado en historia económica, profesor emérito del Instituto Tecnológico de Massachusetts (el célebre MIT), y afecto a los modelos teóricos de la Nueva Economía Institucional (*New Institutional Economics*), que extiende los modelos de la economía neoclásica a aspectos sociales y normativos.

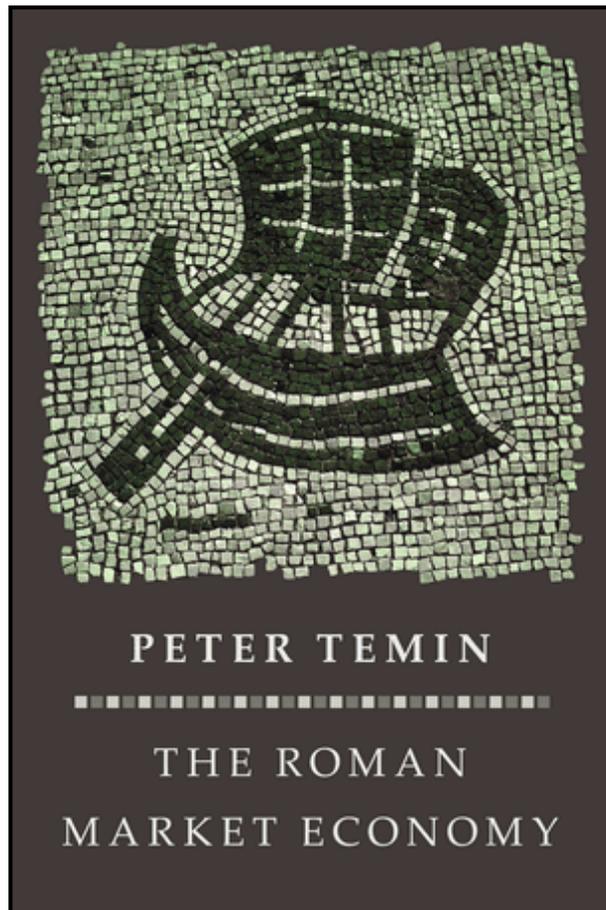
En esta obra el lector encuentra un excelente estudio histórico sobre la naturaleza compleja de la economía romana, en el cual el autor desarrolla en mucha mayor extensión argumentos ya expuestos en obras previas¹, refutando por completo las viejas teorías *primitivistas*².

La introducción (“Economics and Ancient History”, pp. 1-24) repasa brevemente la controversia historiográfica entre *modernistas* y *primitivistas*, y argumenta la validez de la aplicación de los modelos neoclásicos de análisis económico. El grueso de la investigación consta de diez capítulos divididos en tres partes.

La primera parte (“Prices”, pp. 27-91) aborda la formación de los precios en la Roma antigua. Su primer capítulo muestra la relación existente entre los precios en origen en las provincias y los precios de venta en la Urbe (“Wheat Prices and Trade in the Early Roman Empire”, pp. 29-52).

A continuación, expande la evidencia gracias a los abundantísimos registros babilónicos de época helenística, que permiten constatar movimientos de precios similares a los propios de las modernas economías de mercado (“Price Behavior in Hellenistic Babylon”, pp. 53-69).

Para concluir, elabora un índice de inflación y resta importancia a las manipulaciones de la moneda como causa primordial de la subida de los precios,



¹ TEMIN, P. (2001): “A Market Economy in the Early Roman Empire”, *Journal of Roman Studies* 91, pp. 169-181; TEMIN, P. (2006): “The Economy of the Early Roman Empire”, *Journal of Economic Perspectives* 20, pp. 133-151.

² Cuya síntesis y obra más influyente es FINLEY, M. I. (1999): *The Ancient Economy (Updated with a New Foreword by Ian Morris)*. University of California Press, Berkeley. Este autor consideraba que la economía romana era agraria, carecía de racionalidad económica, apenas practicaba el comercio, su progreso técnico fue nulo, y las ciudades meros centros parasitarios de consumo ocioso, siendo la moneda un constructo estatal de carácter fiscal, mientras que el crédito apenas existía.

argumentando que fue más bien resultado de la inestabilidad política (“Price Behavior in the Roman Empire”, pp. 70-91).

La segunda parte (“Markets in the Roman Empire”, pp. 95-189) explora cuatro mercados individuales distintos. Primero, el de grano, muy lejos de estar controlado por el Estado (“The Grain Trade”, pp. 97-113). Segundo, el mercado de trabajo, efectivamente existente a pesar del abundante empleo de mano de obra esclava (“The Labor Market”, pp. 114-138). Tercero, el mercado de la tierra, similar al actual a pesar de las restricciones a la propiedad (“Land Ownership”, pp. 139-156). En cuarto y último lugar, el mercado de capital, resaltado la importancia del crédito en el conjunto de la oferta monetaria romana, contra el habitual menosprecio que la reducía casi exclusivamente a monedas metálicas (“Financial Intermediation”, pp. 157-189).

El último bloque, “The Roman Economy” (pp. 193-261) trata de cómo es posible explicar la economía romana a nivel macroeconómico y de qué modo una economía sometida al régimen Demográfico Antiguo era capaz de experimentar de períodos de crecimiento sostenido (“Growth Theory for Ancient Economies”, pp. 195-219; “Economic Growth in a Malthusian Empire”, pp. 220-242). Su estudio concluye con un repaso a los intentos hipotéticos de estimación del Producto Interior Bruto *per capita* del Imperio Romano, desde enfoques típicamente neokeynesiano, deduciendo mayores crecimientos a partir de los gastos, pretendiendo demostrar que fue superior al de cualquier otro estado preindustrial (“Per Capita GDP in the Early Roman Empire”, pp. 243-261).

El libro se completa con su bien nutrida y actualizada bibliografía (pp. 263-287) y un práctico índice de palabras clave (pp. 287-299). Temin se maneja con maestría, sirviéndose tanto de autores modernos como las fuentes clásicas, y demuestra más allá de toda duda razonable los tres siguientes puntos: 1) los modelos teóricos de la moderna ciencia económica son aplicables a la economía antigua y nos permiten comprenderla mejor; 2) la romana era una economía de mercado, a pesar de una cierta intervención estatal; y 3) la *Pax Romana* fue el mayor estímulo del comercio mediterráneo.

Sin embargo, añade un dudoso cuarto punto: la falaz idea de que las condiciones de vida en Roma durante los siglos I y II fueron superiores a las de cualquier otro lugar hasta plena Revolución Industrial. Los propios intentos de calcular el PIB, basados en simples especulaciones, no dejan de constituir un nefando fetichismo, la numerolatría.

En este sentido, una seria rémora es que su discurso está impregnado de decadentismo, en la idea jamás demostrada de que la Roma de los siglos IV y V estaba gravemente decaída. Por ejemplo, al final de su análisis de la instituciones crediticias, sentencia sin justificación alguna que la banca desapareció en el siglo III a causa de la inflación, afirmando que “si bien no observamos ningún banco del siglo III pierda dinero, inferimos que acumularon pérdidas y desaparecieron” (p. 189), y ello a pesar de la existencia de numerosos testimonios de una floreciente actividad bancaria en época tardorromana³.

³ E.g. DÍAZ BAUTISTA, A. (1987): *Estudios sobre la Banca Bizantina (Negocios bancarios en la legislación de Justiniano)*, Murcia, Universidad de Murcia; DEPEYROT, G. (1996): *Crisis e inflación entre la Antigüedad y la Edad Media*, Barcelona, Crítica, pp. 143-159 y 290-296; BOGAERT, R. (1997): “La banque en Égypte byzantine”, *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 116, pp. 85-140; BOGAERT, R.

Temin también repite inopinadamente algún que otro viejo error. Por ejemplo, que la población de Roma alcanzó el millón de habitantes y fue la mayor ciudad del mundo antes del Londres decimonónico (pp. 31 y 101). La realidad es que la idea que Roma pudiera albergar esa población es una fantasía ridícula, no menos risible por mucho repetida; es *físicamente imposible* que las 1370 hectáreas de Roma albergaran más de 500.000 habitantes (ni siquiera incluyendo inexistentes concentraciones suburbanas), y su población real se movió por los 320.000, alcanzando, quizá, un máximo de 400.000⁴.

También es muy discutible su teoría de la inflación, desvinculando la manipulación de moneda de las variaciones de los precios, si bien no es lugar para extendernos en tal materia (Teoría Austríaca del Ciclo Económico).

En definitiva, y a pesar del espíritu crítico con que se debe recibir cualquier investigación, recomendando precaución ante las deficiencias señaladas, nos encontramos ante una espléndida monografía que invita al abandono de muchos viejos prejuicios, cuya contribución al avance del conocimiento de la economía antigua en general, y romana en concreto, es insoslayable.

Alberto GONZÁLEZ GARCÍA

(2001): “Les Documents Bancaires de l'Égypte Gréco-Romaine et Byzantine”, *Ancient Society* 31, pp. 173-288.

⁴ Como ya hemos expuesto en GONZÁLEZ GARCÍA, A. (2014): “La población de Roma de la Antigüedad Tardía al Alto Medievo (ss. III-X)”, en las *I Jornadas de Jóvenes Investigadores en Ciencias de la Antigüedad* (Alcalá de Henares, 6 de marzo de 2014).